

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se llenaron de Espíritu Santo.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu espíritu, Señor»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *El Espíritu se manifiesta para el bien común.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Exhaló su aliento sobre ellos.*

Los autores bíblicos, como los no bíblicos, nos cuentan historias que son fruto de su imaginación, pero lo hacen para contarnos algo que ha ocurrido y ante lo que el lenguaje directo se les queda corto en su función comunicadora. Es lo mismo que les pasa a los autores de novelas históricas, que no son históricas sino que colocan en un posible escenario histórico una apasionada historia de amor para hablarnos de la fuerza que el amor ejerce en el ser humano o cualquier otro sentimiento o convicción que tenemos sobre algo.

¿Cómo hablar de las experiencias religiosas que nos transforman o de la acción de Dios en el mundo humano o de la presencia íntima de Dios en nosotros. Que nos transforma, nos anima, nos empuja, nos desinhibe y nos hace comunicativos, abiertos, generosos, sensibles y solidarios?

Todo eso supera las dificultades de comunicación, las barreras raciales o culturales, los prejuicios históricos que nos enfrentan, las pretensiones defensivas. A Dios lo sentimos a nuestro lado como compañero del camino de la vida, aunque no lo vemos físicamente. A Dios lo sentimos en lo más hondo de nuestra intimidad como fuerza que nos impulsa a crecer y a salir de nuestro presente, como voz que nos llama a superarnos, aunque no lo oigamos con los oídos del sonido exterior sino con los oídos interiores. Pero decir esto, es tan complicado, es más fácil y más bonito con imágenes, narraciones, símbolos.

Hay cristianos católicos, feligreses habituales, que no se han enterado todavía, se toman la Biblia al pie de la letra y se pierden la riqueza literaria de unos textos que son preciosos en su literatura y llenos de belleza en su contenido religioso. La fiesta de hoy, con la abundancia de esos símbolos para hablar del Espíritu de Dios, es un buen motivo para animar a conocer mejor la Biblia como literatura profunda, humana y divina.

Muchas veces surgen las dudas sobre nuestra capacidad para hacer algo que le dé un aire nuevo al mundo. Vemos con excesiva frecuencia cosas que no nos gustan y son dañinas para las personas. Olvidamos deprisa que el mal forma parte de nuestro caminar histórico como compañero inseparable.

Hay momentos que nos parece haberlo dejado atrás, pero ahí está, a nuestro lado. Nos ataca el miedo, nos invade la depre, nos rodea la oscuridad, nos parece que no hacemos nada y cada uno se encierra en la soledad y la incomunicación diferente.

Cuando la realidad que nos rodea parece encaminarnos al desaliento y la desmoralización, nuestra relación con Dios nos transforma hasta hacer de nosotros seres capaces de impregnar el mundo con aires de amor y esperanza.

Dios, siembra en nosotros un sentido de confianza que nos reconcilia con el mundo y con nosotros mismos, despierta nuestro ánimo llevándolo del recelo a la relación y la comprensión mutua, nos abre al futuro con esperanza y recuerda que Él, que ha hecho lo que había dicho, hará lo que promete. La esperanza vuelve a tomar su puesto entre nosotros para que la Humanidad, toda, se contagie. Pero, **¿quién se encarga de mantenerla viva?**

Un pueblo nuevo que no se encierre en los límites étnicos ni en las fronteras de unas doctrinas que separan. Un pueblo nuevo abierto a todas las gentes, sensible a todas las culturas, comprensivo con todas las sensibilidades y dispuesto a hacer llegar a todos, la paz y la reconciliación con Dios, a quien andan buscando, aunque a veces no lo sepan. Eso requiere dejarnos impregnar de su Espíritu, como Jesús lo estaba, para que nuestros actos sean expresión de su obrar.

Cuando muchos nos reunimos en comunidad emerge una realidad nueva y muy superior a la suma de todos nosotros. Es una persona comunitaria que, en lo esencial, actúa toda ella como un solo ser, enviado de Jesús, para hacer presente y experiencial el perdón de Dios Padre.

Pero semejante responsabilidad requiere un cambio profundo en nosotros para que aparezca, claramente, que el sentido del perdón y la reconciliación lo vivimos convencidos y lo situamos por encima de otros criterios como el de la ley, que siempre quiere sobreponerse a los del amor y la misericordia.

El evangelio nos lo dice: Llevad el perdón a todos los que lo necesiten. No pongáis condiciones donde Dios no las pone. Pensad que la experiencia del perdón es la más liberadora de todas nuestras experiencias de opresión. Sed portadores eficientes y no pongáis trabas a la libertad de los hijos de Dios que nos envía su Espíritu para hacernos vivir con su alegría y su generosidad. Sed hermanos, no estrictos moralistas guardianes de la ley y la doctrina. Que vuestra preocupación sean las personas.